

CONVERSACIÓN SOBRE EL “LIBRO ANUAL 2011-2012” DE LA SMHE.¹

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco
Academia Mexicana de la Historia.
Sociedad Mexicana de Historia Eclesiástica.

Las conmemoraciones centenarias, bicentenarias y alguna rara vez milenarias (la de la lengua castellana, la de la Universidad de Bolonia), son ocasión propia para discursos, inauguración de monumentos, parques y jardines y lucimiento de funcionarios que suelen apelar al pasado glorioso para hacer publicidad a su pobre presente. Pero también dan pie a investigaciones históricas que ayudan a la comprensión de identidades duraderas, a la restauración de memorias fragmentadas y a algunos —muy pocos por desgracia— intentos de reconciliación con el pasado.

Las décadas primera y segunda del siglo XIX, vistas a la distancia de doscientos años, han sido y serán—pues las fechas pueden extenderse hasta 1824 (la batalla de Ayacucho, última para la independencia suramericana tuvo lugar el 9 de diciembre de ese año) o incluso hasta 1831, año del reconocimiento por el Papa Gregorio XVI de las nuevas naciones de Hispanoamérica—buenos filones para la investigación y la presentación de resultados. En el caso de México, aunque en tono menor, pues es difícil hablar de *revolución* en singular y con letra inicial mayúscula, estamos en su período centenario y el “Libro anual” de 2010 hoy también presentado es, me parece, un intento bien logrado de exponer la pluralidad de esa dramática etapa de la historia mexicana.

Sin tratar de suplir la lectura, hablaré del Libro Anual 2011-2012 de la SMHE que sólo existe en forma virtual, pues su impresión aún no se termina. Invito, sin embargo, a que, a la manera de los libros que programaba Don Felipe de Zúñiga y Ontiveros, impresor famoso en la Nueva España del siglo XVIII, se suscriban hoy para no perderlo en su aparición.

Las casi doscientas páginas del volumen comprenden doce estudios originales realizados sobre materiales de archivo y extensa bibliografía y llevan la firma de historiadores o teólogos profesionales. En apego al objetivo de la Sociedad, los temas tratados tienen que ver directa o indirectamente con la historia peregrina de la

¹ Charla en el Museo de Historia Mexicana. Monterrey, Nuevo León, 23 de mayo de 2013.

comunidad católica, ligada de manera indisoluble al paso del tiempo sobre México y su pueblo.

Los dos primeros hacen referencia a la Constitución de la Monarquía Española promulgada el 19 de marzo de 1812, bicentaria en 2012, propósito original de quienes pensaron en el libro. Dentro de la misma temática, un tercer texto habla del ambiente de la política internacional de ese tiempo que entraba ya en su primera etapa de pragmatismo y equilibrio entre las potencias después de la “restauración” del orden europeo—y consiguientemente del mundo de entonces—pasada la experiencia napoleónica. El trato correcto de los elementos en juego sigue las coordenadas de los estudios clásicos de la historia política de la “restauración” de Henry Kissinger en *A World Restored* y del Padre Leturia en cuanto a las vicisitudes de la diplomacia en relación con la Iglesia católica en Hispanoamérica, si bien los estudios del jesuita no son mencionados. Las realidades geopolíticas de este tiempo no sólo repercutieron en la “convulsionada sociedad novohispana”, como aquí lo palpamos, sino que tuvieron en ella configuración e impulso. Entre letrados el gran Océano Atlántico no era valladar ni frontera.

La integración del discurso de clausura de las Cortes de Cádiz, a cargo del último de sus presidentes, el clérigo zacatecano José Miguel Gordo y Barrios, diputado por su distrito, del que se hace un comentario aquí, fue impecable en el seguimiento de las reglas de la retórica clásica y auguró en la promulgación de la constitución el inicio de una era de paz. Es muestra singular que ayuda a conocer mejor la transición del sermón eclesiástico al discurso cívico, de importancia básica para dar con los elementos orientadores de una nacionalidad en gestación pues, como dice el autor, “campean en él...formas nuevas de hacer política y construir horizontes potenciales donde pueden gravitar diversos mundos.”

Los cinco artículos siguientes, colocados fuera de la conmemoración de la constitución gaditana, remiten a la época del virreinato y hacen referencia a temas diversos tratados con buen manejo de fuentes y profundidad.

El primero es un estudio dotado de un extraordinario aparato de investigación que desmenuza la acusación que el oidor Diego Delgadillo hizo acerca de que Fray Juan de Zumárraga en un sermón había dicho “que los indios se salvaban sin bautismo de agua mejor que los cristianos bautizados” y la defensa del electo a base de la mejor reflexión teológica que, desde los principios del cristianismo, distinguía la ignorancia acerca de la existencia de los sacramentos, los pecados personales de carácter mortal y la posibilidad

de salvación de quienes seguían con rectitud la ley natural. El escritor “da gracias” al acusador, pues provocó una respuesta documentada que, además, nos permite conocer las razones de lo encendido de su palabra frente a la conducta poco apegada a los mandamientos de muchos españoles y la fuerte personalidad de este gran fraile. Las enormes dificultades que Zumárraga tuvo que enfrentar para llevar adelante su ministerio y los “pleitos” en los que se vio involucrado, constituyen una parte poco conocida de su vida, pues en el nivel del conocimiento general sigue vigente una visión más bien romántica de su persona y trabajos. Recientemente, sin embargo, su imagen ha sido completada en este importante ángulo. Ejemplo señero es el estudio de Sonia Corcuera de Mancera, *De pícaros y malqueridos*² que dio a conocer, con materiales de primera mano, el tremendo dolor de cabeza que el perverso e influyente clérigo Diego Díaz dio al prelado, uno tanto de sus múltiples pleitos.

Texcoco, centro de la evangelización fundante estudia con cuidado un punto de irradiación poco estudiado de la evangelización inicial, Texcoco en los años de 1519 a 1530, aporta elementos para pensar y repensar esa etapa pionera de la que, aunque se ha dicho y escrito mucho, todavía tiene espacios que requieren profundización. En este caso, por ejemplo, tiene mucho interés la mención, poco tenida en cuenta en las presentaciones comunes tanto del pasado prehispánico como de la evangelización misma, de la eclosión al momento de la llegada de los españoles de las rencillas interétnicas y de hegemonías políticas de los jefes de los naturales y la difícil opción pastoral y catequética con los elementos religiosos de los pueblos del contacto. El repaso de la condición humanista de los franciscanos flamencos –los “lirios de Flandes”—y su acercamiento respetuoso a la cultura que encontraron, sobre todo, orientaron la metodología a seguir con el paso del tiempo: “[...] El humanismo cristiano europeo preparó a los primeros evangelizadores para el contacto con las culturas amerindias. Los primeros religiosos franciscanos establecidos en Texcoco, capital del señorío de Acolhuacan, se enfrentaron a una disyuntiva: podían suprimir la cultura pagana para establecer una concepción nueva de la divinidad, el hombre y el mundo, o podían incorporar al cristianismo aquellos elementos de la cultura náhuatl que no contradecían el mensaje cristiano. Finalmente, optaron por el segundo método.”

La sexta colaboración presenta, en el contexto del proceso de secularización de las doctrinas atendidas por religiosos, es decir, de su traspaso a párrocos del clero

² *De pícaros y malqueridos. Huellas de su paso por la Inquisición de Zumárraga (1539-1547)*, Fondo de Cultura Económica/ ITAM/ UNAM, México 2011.

diocesano, el estudio del caso del santuario de San Miguel del Milagro y las decisiones que sobre su destino tomó el controvertido obispo de Puebla de los Ángeles recientemente beatificado, Don Juan de Palafox y Mendoza.

Los siguientes dos artículos parten de la investigación sobre documentos que se encierran en archivos y revelan la luz que se esconde en las sombras de la tinta sobre los folios. Uno toma como fuentes testamentos y otra documentación relacionada con las voluntades post-mortem de la familia Arias Tenorio en el siglo XVII que revelan un hecho fundamental de la movilidad económica y de la posibilidad de hacer cierta nivelación entre sectores sociales distanciados a través de las fundaciones de capellanías y obras pías y, desde luego, las personalidades de los “pudientes” situadas entre el cielo y la tierra, entre los bienes materiales y los espirituales. Su título, “Nunc et in hora mortis nostrae...” es especialmente inspirador. Este trabajo aporta datos que pueden ser análogamente aprovechados para entender mejor las fundaciones de monasterios de monjas, elementos infaltables en la fisonomía urbana de la Nueva España y de otros virreinos del Imperio español. Las “manos muertas”, concepto que pasa por los años sin ser comprendido cabalmente, pues significa simplemente que esos bienes no podían entrar a la circulación capitalista, dieron más vida de la que se piensa.

El otro tipo de documentos son los libros de visitas pastorales, feliz prescripción del Concilio de Trento para los obispos. Se trata de la inspección pormenorizada y la toma de decisiones correspondiente de los edificios materiales, las imágenes, los paramentos litúrgicos, la administración de los dineros y el abundante ganado de las cofradías y la calidad de la atención pastoral de los ministros, hecha por el obispo de Guadalajara, Juan de Santiago de León Garavito a una región particular de la Nueva Galicia (el occidente del actual estado de Jalisco y el sur de Nayarit) en 1678. Contrariamente a lo que puede pensarse, dada la rutina de estas visitas, la observación del contexto y las observaciones puntuales del visitador, presentan novedades al lector que lo llevan a la reflexión sobre ese tiempo en su vida económica, el equilibrio entre españoles e indios, ricos y pobres, letrados y analfabetas y sobre la responsabilidad de los obispos en materia del orden público.

Dos investigaciones más se refieren a momentos cronológicamente extremos del movimiento de emancipación mexicano en los primeros años del siglo XIX y a dos personajes clave: El primero es Manuel de la Borda, “clérigo ilustrado” que atravesó el período del fin del virreinato, la guerra de independencia y los primeros años de la vida de la nueva nación con una convicción central: los párrocos debían contribuir al

mejoramiento de las condiciones de vida de sus feligreses también en lo referente al ambiente de trabajo útil y armonía. Las obras de Borda fueron fehacientes pruebas del seguimiento de ese ideal. El segundo, el canónigo Matías de Monteagudo, mal estudiado y peor tratado en publicaciones históricas y noveladas y que en este artículo aparece por primera vez de cuerpo entero y enfocado con corrección en lo referente a sus intervenciones políticas en los años del movimiento de independencia.

La undécima colaboración de este volumen se concentra, a base de comparación de distintas fuentes y con método casi estadístico, en establecer el número de sacerdotes católicos asesinados durante las persecuciones del siglo XX, concentrándose en los años de 1926 a 1929.

Y la última trata de la ermita “La sabatina” de Tacubaya en la ciudad de México, tanto en lo que se refiere a los trámites de su construcción en 1912 como de las vicisitudes que al ritmo de la historia afectaron la vida de los carmelitas en el siglo XX. Se trata también lo relacionado con la nueva iglesia, parte del paisaje urbano de esa parte de la metrópoli, posterior a la ermita en varias décadas.

Más de alguno, tal vez, al oírme desplegar el camino sinuoso por el que se mueve este libro, pensará que la historia escrita es para especialistas o eruditos con sobra de tiempo. Sé bien que en México hay interés en un público amplio por los temas históricos y sé igualmente que todavía prevalece un acercamiento ingenuo a veces, repetitivo otras de lugares comunes o de fechas y nombres aprendidos a medias en los años escolares. Que ciertos seudohistoriadores cobijados en el éxito efímero de lo que es llamativo y escandaloso diseminan con irresponsabilidad medias verdades o mentiras completas. Considero que incursiones profundas en temas como los reunidos en este “Libro anual” que tocan tiempos, lugares y personas con significado para la construcción o reconstrucción de una identidad polifacética, aportan razones para seguir con la tarea de amar a México como es y empujarlo hacia lo que debe ser. La simplificación de la historia, tan común en tantos ambientes, daña más de lo que parece, sobre todo la seguridad sobre nuestros orígenes y destinos que hacen pantanoso el terreno cotidiano que pisamos. La historia como arte, técnica e interdisciplina es tan compleja como las matemáticas o la física, pero no tiene por qué ser patrimonio de unos cuantos. Es tarea, convicción y deber de los historiadores presentarla como servicio a la verdad y al bien. Algo de ello puede vislumbrarse en estos trabajos.